

**El centauro y la cruz.****Paganismo y cristianismo en los cuentos de Rubén Darío\***

José Argüello Lacayo\*\*

Recepción: 22 de noviembre de 2019 • Aprobación: 16 de diciembre de 2019

**Introducción**

En los cuentos de Rubén Darío se manifiestan dos espiritualidades en pugna: la pagana y la cristiana. En este trabajo profundizaremos en esa dramática contradicción interna del poeta, según se refleja en sus relatos. Darío mismo expresó en *Cantos de vida y esperanza* que su alma vivía entre la catedral y las ruinas paganas: dualidad simbólica que será objeto de nuestro estudio. En sus cuentos, Darío deslumbra por su riqueza imaginativa, llena de imágenes y símbolos<sup>1</sup>. Apela a nuestra sensibilidad estética, por la vía de la evocación poética, pletórica de ritmo y belleza; a nuestra sensibilidad ética, al plasmar profundos valores humanos; y a nuestra sensibilidad intelectual, por su fuerza persuasiva. Darío alterna en ellos entre lo grandioso y lo delicado; su omnímoda sensibilidad palpita al unísono de todo cuanto existe:

Yo miro mis pupilas en las pupilas de los animales —expresa en una ocasión— y mi sangre en la sangre de ellos, y mis huesos en los huesos de ellos. Yo miro mi carne en los troncos de los árboles y en el humus negro de los campos. (Darío, 2013, p. 82)

Es amplísimo el espectro de experiencias humanas descritas en sus cuentos, puesto que abarcan desde el erotismo más voluptuoso y sensual, pasando por sentimientos de ternura y compasión, o de humor, alegría y pesadumbre, hasta los más hondos y sublimes sentimientos religiosos.

---

\* Artículo de reflexión. Citar como: Argüello, J. (2020). El centauro y la cruz. Paganismo y cristianismo en los cuentos de Rubén Darío. *Albertus Magnus*, XI (1), 1-2. DOI: <https://doi.org/10.153322/5005413.XXXX>.

\*\* Equipo Teyocoyani, Managua, Nicaragua. Correo electrónico: teyocoya@gmail.com

<sup>1</sup> Acerca de los *Cuentos completos*, Julio Valle Castillo los considera una “obra promotora de las nuevas perspectivas críticas en tanto que ofrece uno de los aspectos más ignorados y modernos de Rubén Darío y lo muestra tan innovador en la métrica y poética españolas, como en la prosa narrativa, y aún más quizás” (2010, p. 10).

## 1. Entre eros y ágape

Sus relatos transcurren entre dos polos extremos: eros y ágape, entre el amor posesivo del deseo y el amor oblativo de la entrega de sí mismo<sup>2</sup>. En Darío tales extremos nunca se tocan, a no ser para anularse mutuamente: sus personajes saltan de la lujuria y el hedonismo al martirio y la castidad, resultándole inconcebible aunar ambos extremos en la experiencia de un amor humano pleno y gozoso, que enlace armoniosamente eros y ágape<sup>3</sup>.

Tal es el caso del cuento “Voz de lejos” (Rubén Darío, 2000), en el que Darío describe a dos jóvenes entregados al placer, Félix y Judith, que, sin embargo, acaban sus días como mártires cristianos. Los describe con voluptuosa delectación: Félix es gallardo, amante de la música y la poesía y, sobre todo, de las mujeres. Judith, hija del personaje bíblico José de Arimatea, es una roja rosa loca poseída por el demonio de las concupiscencias, y nos la presenta como la realización de un perturbado ensueño de belleza, poseedora de satánica beldad. Ambos se enamoran, forman pareja y experimentan brevemente una profunda felicidad; pero un día, Judith escucha la voz del maestro celeste y su corazón es conmovido, como todo corazón cuando se le hiere en su más sensible fibra de amor, y la gracia penetró en el espíritu de la pecadora, como un puñal de luz sacrosanta, y el Señor perdonó a la hija de José de Arimatea, como había perdonado a María Magdalena. Entonces, durante veinte años ambos se entregan a la penitencia y ofrendan su vida en el circo romano, dando así testimonio de su fe en Cristo.

La paradoja de este cuento piadoso es que en él Darío exalta más los goces de la carne que la sublimidad del martirio. En pleno relato irrumpe misteriosa una voz de la boca de sombra — ¡que da título al cuento! —, aconsejando seductoramente: “Gozad de los goces de la lujuria, juntaos como el jugo de la mandrágora y la sangre de la zarza. Sois predestinados para el mal y el placer, pues uno no es sin el otro”. Vemos aquí cómo la fascinación erótica de Darío se orienta exclusivamente al eros sin ágape, al hedonismo desprovisto de responsabilidad moral.

---

<sup>2</sup> La distinción entre *eros* y *ágape* ha sido desarrollada por el teólogo sueco Anders Nygren (1953). Para Nygren, el amor inspirado por eros es un amor posesivo, que más bien se ama a sí mismo en el otro, mientras que *ágape* es una forma de amor incondicional, que se dona y sacrifica por el otro.

<sup>3</sup> Quizá la única excepción a esta dinámica antagónica se presente en el cuento de *Azul...* titulado “La muerte de la emperatriz de la China”, donde Darío, en términos exaltados, describe el amor matrimonial entre el artista Recaredo y su encantadora esposa Suzette: “¡Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, a veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un teósofo que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano como la Ayesha de Ridder Hagard; la aspiraba como una flor, le sonreía como a un astro y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina” (2007, p. 60).

En el otro extremo del espectro nos encontramos con la “*Leyenda de San Martín: patrono de Buenos Aires*”. Allí Darío describe la santidad de Martín, niño del Señor, a quien su santidad desde el comienzo de su vida le aureola de gracia. De él nos dice: “nada para él de Dionisio; nada de Venus. Y en aquella carne de firme bronce<sup>4</sup> está incrustada la margarita de la castidad”. Arribamos así al polo opuesto, al del *ágape* (amor oblativo) desprovisto de eros, pasión carnal. Darío concibe la santidad en términos acentuadamente ascéticos y extrema los antagonismos con el epicureísmo tan grato para él. Destaca, no obstante, otras virtudes de Martín: nos dice que es humilde, que es amoroso. Y ya obispo de Tours, que podía hacer brotar el fuego de Dios.

En vistas a destacar su caridad heroica hacia los pobres, Darío exalta la célebre escena de Martín y el mendigo. Miremos qué bellamente la narra:

Amiens, en hora matinal. Del cielo taciturno llueve a agujas el frío. El aire conduce sus avispas de nieve. ¿Quién sale de su casa a estas horas en que los pájaros han huido a sus conventos? En los tejados no asomaría la cabeza de un solo gato. ¿Quién sale de su casa a estas horas? De su cueva sale la Miseria. He aquí que cerca de un palacio rico, un miserable hombre tiembla al mordisco del hielo. Tiene hambre el prójimo que está temblando de frío. ¿Quién le socorrería? ¿Quién le dará un pedazo de pan?

Por la calle viene al trote un caballo, y el caballero militar envuelto en su bella capa.  
¡Ah, señor militar, una limosna por amor de Dios!

Está tendida la diestra entumecida y violenta. El caballero ha detenido la caballería. Sus manos desoladas buscan en vano en sus bolsillos. Con rapidez saca la espada. ¿Qué va a hacer el caballero joven y violento? ¡Se ha quitado la capa rica, la capa bella; la ha partido en dos, ha dado la mitad al pobre! Gloria, gloria a Martín, rosa de Panonia<sup>5</sup>.

Deja, deja, joven soldado, que en la alegre camaradería se te acribille de risas. Lleva tu capa corta, tu media capa. Martín está ya en el lecho. Martín reposa. Martín duerme. Y de repente truenan como un trueno divino los clarines del Señor, cantan las arpas paradisíacas. Por las escaleras de oro del Empíreo viene el Pobre, viene N. S. J. C., vestido de esplendores y cubierto de virtudes; viene a visitar a Martín que duerme en su lecho de

---

<sup>4</sup> Curiosamente, Darío asocia la castidad con los metales, así, al místico Raimundo Lulio, en su “Epístola” a la señora de Lugones, le llama *el mallorquín de hierro*.

<sup>5</sup> Antigua provincia del Imperio romano situada en Europa central; correspondería a lo que actualmente es el sector occidental de Hungría y parcialmente a Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Austria y Eslovaquia.

militar. Martín mira al dulce príncipe Jesús que le sonríe. ¿Qué lleva en las manos el rey del amor? Es la mitad de la capa, buen joven soldado. Y al cortejo angélico dice Jesucristo: —Martín, siendo aún catecúmeno, me ha cubierto con este vestido.

Quizás pocos hayan percibido hasta ahora el exaltado papel desempeñado por la santidad en los cuentos de Rubén Darío. Se trata, sin embargo, de uno de sus temas recurrentes. El poeta muestra, además, cultura patristica y litúrgica y familiaridad con los rituales de la Iglesia.

En uno de sus cuentos pareciera que por fin la polaridad antagónica de eros y ágape será superada: en “Sor Filomena”, cuya protagonista es Eglantina Charmant, “mimada del público parisiense; bella, suavemente bella, con voz de ruiseñor”. La cantante triunfa en las tablas:

¿Amor? Sí, sentía el impulso del amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galanterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos.

Su voz arrobadora estremecía al público. Y algo sorprendente para el poeta: Eglantina “juntaba también a sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos”. Era devota... No solo entusiasmaba gentes en palcos y plateas, sino también a los cristianos en sus iglesias: “Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruiseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y su lengua se regocijaba con las alabanzas a la Reina María Santísima y al dulce Príncipe Jesús”.

Eglantina, finalmente, se enamora de su primo, el capitán Pablo, y concibe planes matrimoniales, pero antes decide embarcarse en una *tournee* por América del Sur para afianzar su situación económica. Cosecha clamorosos éxitos en Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires y Lima. “Eglantina llevaba en su corazón la imagen del capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y le enviaba su amor con el pensamiento”. Mas un fatídico día palidece leyendo una carta de París: su amado ha muerto en China. Adolorida, se despide de todo amor terrenal e ingresa a un convento, convirtiéndose en Sor Filomena: “Sabía que no tenía ya amores e ilusiones en la tierra, y que solamente hallaría consuelo en la Reina María Santa y en el dulce Príncipe Jesús”.

Típicamente, en los cuentos de Darío, después de un leve contacto entre eros y ágape, estos vuelven a separarse, estableciendo su antitética polaridad: al amor oblativo de entrega lo destina

exclusivamente a la esfera de lo divino, mientras que eros queda así atrapado en el ámbito del deseo y la carnalidad<sup>6</sup>. En el ámbito irredento de lo pagano.

## 2. Ocaso de los dioses

El cuento “El sátiro y el centauro”<sup>7</sup> sitúa al lector en el confín simbólico entre paganismo y cristianismo<sup>8</sup>. Un sátiro y un centauro se encuentran un día de claro azul cerca de un arroyo en la desértica Tebaida, tierra de primigenios ermitaños cristianos, ciento veintinueve años después de que Valeriano y Decio “mostrarán la bárbara furia de sus persecuciones sacrificando a los hijos de Cristo”. El centauro ha tenido un encuentro furtivo con “un ser divino, quizá Júpiter mismo, bajo el disfraz de un bello anciano”. Se trata del santo ermitaño Antonio abad, que marcha según la leyenda en busca del paradero de su hermano Pablo, también ermitaño.

¿Tú ignoras acaso —razona el sátiro— que una aurora nueva abre ya las puertas de oriente, y que los dioses todos han caído delante de otro Dios más fuerte y más grande? El anciano que tú has visto no era Júpiter, no es ningún ser olímpico. Es un enviado del Dios nuevo [...] Yo también he visto a ese anciano de la barba blanca, delante del cual has sentido el influjo de un desconocido poder. Ha pocas horas, en el vecino valle, encontré apoyado en un bordón murmurando plegarias, vestido de una áspera tela, ceñidos los riñones con una cuerda. Te juro que era más hermoso que Homero, que hablaba con los dioses —y tenía también larga barba de nieve [...]—. Quiso saber quién era yo, y díjeme que enviado de mis compañeros en busca del gran Dios, y rogábele intercediese por nosotros. Lloró de gozo el anciano, y sobre todas sus palabras y gemidos resonaba en mis oídos, con armonía arcana, esta palabra: ¡Cristo!

---

<sup>6</sup> El eminente crítico dariano Raimundo Lida ha señalado en su “Estudio preliminar” a los *Cuentos completos*: “La fusión de lo religioso y lo sensual al modo de Valle-Inclán o D’Annunzio no se da tanto en el Rubén de los cuentos como en el de *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*, en el ‘Ite, missa est’ y el ‘Madrigal exaltado’, donde prevalecerían el erotismo imantado hacia Dios, o la religión imantada hacia lo erótico” (2000, p. 59).

<sup>7</sup> Originalmente publicado con el título “Las lágrimas del centauro” en *El Porvenir de Centro-América*, nº 18, San Salvador, 23 de abril de 1896. Posteriormente, se publicó en las *Obras completas* de Madrid, 1924, con el subtítulo “El sátiro y el centauro”. Así se titula en la edición de *Cuentos completos* de Rubén Darío publicada en México y disponible en internet. En la edición nicaragüense compilada por Ernesto Mejía Sánchez, adicionada y anotada por Julio Valle Castillo, publicada en el año 2000 por el Instituto Nicaragüense de Cultura, el cuento se titula “Palimpsesto (II)”. Esta última edición es la que utilizamos para este trabajo.

<sup>8</sup> Su relación sería, sin duda, una de las vertientes a explorar en los cuentos de Darío, según la sagaz observación de Raimundo Lida: “Examen especial merecería, y no simples indicaciones aisladas, la curiosa perduración de temas y formas que a cada paso brotan, se ocultan y reaparecen en Darío, renovados y transformados a lo largo de treinta años de creación literaria” (2000, p. 63).

El centauro se lamenta y llora por la muerte de los antiguos dioses, pero simultáneamente se conmueve por el apareamiento de la nueva fe, “lleno de una fe recién nacida”. Los sátiros claman a Pan en vano; ya no hay ninfas en el bosque ni zampoñas que resuenen como antaño. Finalmente, los dos santos ermitaños, Pablo y Antonio, se encuentran. Antonio refiere a aquel su encuentro con los dos seres mitológicos. Pablo anuncia entonces que serán premiados: la siringa, flauta pagana, “aparecerá más tarde en los tubos de los órganos de las basílicas, por premio al sátiro que buscó a Dios”; y el centauro “quedará para siempre luminoso en la maravilla de las constelaciones”.

### 3. Dios y los dioses

Darío insiste en la perdurabilidad del paganismo bajo nuevas formas cristianas<sup>9</sup>; en “Opiniones” (1906), un artículo suyo dedicado al poeta León XIII, declara que los griegos esplendores del paganismo alegran hogaño la tristeza católica en la Basílica de San Pedro. Lo ilustra el ejemplo de la pila del agua bendita en forma de concha, sobre la que “se posaron los pies de la Anadiomena”, y añade este sutil pensamiento:

De todos modos, los dioses ministraban a Jesucristo: Baco, el vino de la consagración; Ceres, la harina de la hostia; Hebe, la copa del misterio y del sacrificio. Y Pan, su siringa, convertida en los tubos del órgano basilical. Y bajo la mirada de Dios han vivido y vivirán los dioses, porque es mentira que ha muerto ninguno de ellos [...] Los dioses no se han ido, los dioses no se van: cambian de forma y continúan animando el universo y aplicando su influencia sobre el hombre<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Este es un pensamiento recurrente en Darío. Véase su cuento “Rojo”, acerca del pintor Palanteau, al que atribuye su propia sensibilidad pagano-cristiana: “El pintor de las blancas anadyomenas desnudas se sentía atraído por el madero de Cristo; el artista pagano se estremecía al contemplar la divina media-luna que de la frente de Diana rodó hasta los pies de María”. Jorge Eduardo Arellano ha difundido un poema de Rubén Darío a la Virgen, publicado originalmente en Montevideo, en 1894, en el que el poeta expresa la misma idea: “A tu planta soberana / cayó la luna pagana / de la frente de Diana” (2020).

<sup>10</sup> Darío anticipa esta idea en su cuento fantástico (excluido de las antologías) “En la batalla de las flores” (1895). Allí pone en boca de Apolo, reencarnado en un flamante caballero inmigrante a la Argentina, estas palabras: “[...] dicen por allí que los dioses nos hemos ido para siempre. ¡Qué mentira! Cierto es que el Cristo nos hizo padecer un gran descalabro [...] La verdad es que si dejamos el Olimpo, no hemos abandonado la Tierra [...] Los dioses no nos iremos; permaneceremos siempre en la tierra y habrá besos y versos, y un Olimpo ideal levantará su cima coronada de luz incomparable sobre los edificios que el culto de la materia haga alzar a la mano del hombre”. En sintonía con Rubén Darío, aunque en perspectiva inversa, el teólogo Leonardo Boff (1997) ha escrito: “Es sabida la lucha incansable que la tradición judeocristiana llevó adelante siempre contra el politeísmo de cualquier matriz. Pero originalmente las divinidades funcionaban como arquetipos poderosos de la profundidad del ser humano. Ahora bien, la radicalización del monoteísmo al combatir el politeísmo cerró muchas ventanas del alma humana. Separó demasiado la criatura y el Creador, el mundo y Dios. Hubo una gran destrucción de la policromía del universo y de su significación antropológica”.

En el proemio a “El canto errante”, Darío hace suya esta paradójica confesión: “He, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses”.

“La fiesta de Roma”<sup>11</sup> es otro cuento alusivo a la relación entre paganismo y cristianismo, en el que Darío propone una nueva variante: Lucio Varo, elocuente poeta romano, contempla desde un barco la imponente capital del imperio y entona a su vista un ditirambo en loor de los dioses, nada menos que en presencia del apóstol Pablo, que lo mira fijamente, recostado al borde de la barca. Varo rememora su infancia, cuando sus oídos creían “escuchar voces sobrenaturales que salían de los troncos de los árboles, de los carrizos, de las riberas y de los diamantes de las fuentes [...] Creía rozarme con los dioses, pero no llegaba jamás a percibirlos”. Mas confiesa:

Las Musas me favorecían, y nada turbaba mi paso por el camino del mundo. Un día cayeron en mis manos las obras de Ennio, y conocí por él a Evémero, y respiré el desconocido perfume de los versos de Epicarmo. La duda fue poco a poco infiltrándose en mi alma. Sentí como la invasión de una dolencia sutil que poseía mi antiguo gozo. Después caí en un sopor indefinible, en una debilidad hasta entonces no sentida, cual si desfalleciese [...]

Y Pablo aprovecha entonces para espetarle: “Era el hambre de Dios”, entonces Varo replica que los dioses todos se han ido ocultando a su deseo y esquivan su fatiga. Ha perdido ya sus primeras ilusiones y tan solo le queda una diosa: Roma. A ella Venus, Marte y Apolo le insuflan aliento en el corazón, en el brazo y en el cerebro, y harán “que el verbo latino, la sangre latina, perpetúen su imperio, en una victoria inacabable”. Y como replicando a Pablo, anticipa la visión de una Roma futura, ya bajo la égida del nuevo Dios, en que, fenecidos los antiguos dioses, perdurará bajo nuevas formas siempre fecundas:

Yo sueño con una fiesta de Roma, repetida como los juegos seculares, a la cual concurrirán en lo porvenir todas las naciones del universo. Si un Dios ha de venir que se revele más grande que los dioses conocidos, hoy ocultos, o enfermos, o prófugos, él presidiría, encarnado en un sacerdote magno, los coros ofertorios y las pompas sagradas. Los ministros del culto nuevo darían gracias a la potestad divina.

Así, Darío prescinde de la asimilación de los viejos dioses paganos bajo nuevas formas cristianas para avizorar, a la inversa, la asimilación del Dios cristiano y su culto por la secular

---

<sup>11</sup> Apareció en *El Tiempo* de Buenos Aires, el 20 de septiembre de 1898.

cultura grecorromana, insertando de esa forma al cristianismo en el vetusto y glorioso tronco del Lacio. Varo no se rinde ante Pablo, cede, quizás, la vigencia de sus antiguos dioses, mas no la de Roma y su cultura, en la que de alguna forma perdurará el aliento de la vieja fe<sup>12</sup>. En su poesía, Rubén Darío muestra una asombrosa capacidad de revivir la antigua espiritualidad pagana, invocando constantemente a los dioses grecolatinos. Su hedonismo y sensibilidad cósmica le hacían ansiar los viejos dioses.

#### 4. Las tres Reinas Magas y el alma del poeta

En el cuento “Las tres Reinas Magas” nos asomamos a su alma en pugna entre la aspiración cristiana y el epicureísmo, siempre tan tentador para el poeta<sup>13</sup>. Refiere que un fraile indaga si existen acaso noticias sobre las mujeres de los tres Reyes Magos, pero ningún sabio ni estudioso puede proporcionarle respuesta. Entonces, un joven poeta —porque “los poetas suelen saber más cosas que los sabios”—, responde a su inquietud con el cuento de las tres Reinas Magas que, insinúa sutilmente al fraile, “han de estar, por cierto, más cerca de tu corazón”.

La historia arranca en forma sorprendente, estableciendo el más extraño e inverosímil paralelismo entre el alma del poeta (Crista) y el Mesías:

Mi alma se llama Crista. En un pesebre nació para ser coronada reina de martirio. Ella es hija de una virgen y un obrero, y la noche de su nacimiento danzaron y cantaron alrededor del pesebre cien pastores y pastoras. Una estrella apareció sobre el techo del pesebre de mi alma; y, a la luz de esa estrella, llegaron a visitar a la recién nacida tres Reinas Magas.

Son la reina de Jerusalén, la reina de Ecbatana y la reina de Amatunte; cada una ofrece sus tesoros a la recién nacida, tres paraísos entre los cuales Crista debe escoger: el de las virtudes; el del poder, la riqueza y la gloria; o el del “imperio de la mujer, donde la prodigiosa carne femenina” se muestra en su pagana y natural desnudez.

---

<sup>12</sup> Raimundo Lida interpreta “La fiesta de Roma” en sentido inverso: “Con dramática sobriedad, en *La fiesta de Roma* las dos frases brevísimas de Pablo responden al esplendor de la elocuencia romana, y sugieren, sin decirlo abiertamente, el ocaso del paganismo y el triunfo de la nueva fe” (2000, p. 48). Las dos frases de Pablo son: “Era el hambre de Dios”, cuando Lucio Varo expresa su pesadumbre al desfallecer su fe en los viejos dioses romanos, y, al final del cuento, cuando declara a Varo: “Yo anuncio al Dios del triunfo venidero”, a lo que Varo replica: “¡Roma será inmortal!”.

<sup>13</sup> Fue publicado en *Musa Joven*, Santiago de Chile, en septiembre de 1912. Después, con algunos cambios, se volvió a publicar en *Por Esos Mundos*, en enero de 1914, en Madrid. Aquí se sigue esa versión, reproducida en *Cuentos completos*, edición de Ernesto Mejía Sánchez y Julio Valle Castillo, anteriormente citada. La palabra *epicureísmo* la empleamos en el sentido popular, como afán desenfrenado de placer, sentido que le atribuía Rubén Darío, mas no el propio filósofo Epicuro, quien aconsejaba mesura y moderación en los placeres.

En medio de “la nube aromada y sacra del incienso y las sonrisas arcangélicas”, donde imperan las Virtudes —Darío escribe así la palabra, con mayúscula, refiriéndose al paraíso de la reina de Jerusalén—,

un místico son de salterios dice la paz poderosa del Padre, la sacrosanta magia del Hijo y el misterio sublime del Espíritu. Los lirios de divina nieve son las flores que en hechiceras vías lácteas cultivan y recogen las Vírgenes y los Bienaventurados.

De tal forma representa el poeta el credo cristiano. Y manifiesta que su alma aspira hacia esas sublimes alturas:

—¡Ay!, en verdad que la parte más pura de mi ser tiende a tan mística mansión. Existe un diamante que se llama Fe, una perla que se llama Esperanza y un encendido rubí de amor que se llama Caridad. Tiemblo delante de la omnipotencia del Padre, me atrae la excelsitud del Hijo y me enciende la llama del Espíritu; mas [...]

En el preciso instante en el que el alma asciende, la reina de Ecbatana despliega sonriente a sus ojos los prodigios del poder, la dominación y la gloria, mientras la reina de Jerusalén suspira dolida. La atracción experimentada por Crista ante “las ilustres oriflamas y banderas de púrpura” es fuerte, pero... Aparece entonces la reina de Amatunte, presagiando a Crista la más dolorosa y terrible crucifixión, y, sin embargo, prefiere estar con ella: “¡Yo seré contigo, Señora, en el paraíso de la mirra!”.

La anunciada crucifixión del poeta anticipa su torturante contradicción entre la aspiración suprema de su fe y el torbellino de sus pasiones. Es un cuento en el que simbólicamente se refleja el alma de Darío. Tal como decía Dostoievski del alma rusa, Darío quiere, a la vez, abrazar el ideal de Sodoma y el de la Madona<sup>14</sup>. Tan íntima contradicción se refleja diáfananamente en su poema “Divina Psiquis”, de *Cantos de vida y esperanza*:

---

<sup>14</sup> En relación con su amigo y admirador Rufino Blanco Fombona (1874-1944), confiesa Darío: “Fraternizábamos en Epicuro, pero yo creyendo siempre en Jesús Santo, y él no”. (Darío, 1990, p. 131). Con gran perspicacia señalaba ya don Juan Valera esa mezcla de cristianismo y paganismo en Darío. Decía que en las composiciones de *Azul...* descubría “exuberancia de amor sensual, y, en este amor, algo de religioso”; “Cada composición parece un himno sagrado a Eros, himno que a las veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene a turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo, que brota del centro mismo de todo deleite, y que tan bien experimentó y expresó el ateo Lucrecio: *medio de frute leporum / surgit amari aliquid, quod im ipsus floribus angat* (en medio de la fuente del deleite, surge una amargura que aún entre las mismas flores angustia), acude a interrumpir lo que usted llama *la música triunfante de mis rimas*. Pero como en usted hay de todo, noto en los versos, además del ansia del deleite y además de la amargura de que habla Lucrecio, la sed de lo eterno, esa aspiración profunda e insaciable de las edades cristianas, que el poeta pagano quizá no hubiera comprendido” (Rubén Darío, 2007, p. XXVI).

Te asomas por mis ojos a la luz de la tierra  
y prisionera vives en mí de extraño dueño:  
te reducen a esclava mis sentidos en guerra  
y apenas vagas libre por el jardín del sueño.

Sabia de la Lujuria que sabe antiguas ciencias,  
te sacudes a veces entre imposibles muros,  
y más allá de todas las vulgares conciencias  
exploras los recodos más terribles y oscuros.

Y encuentras sombra y duelo. Que sombra y duelo encuentres  
bajo la viña donde nace el vino del Diablo.  
Te posas en los senos, te posas en los vientres  
que hicieron a Juan loco e hicieron cuerdo a Pablo.

A Juan virgen y a Pablo militar y violento,  
A Juan que nunca supo del supremo contacto;  
a Pablo el tempestuoso que halló a Cristo en el viento,  
y a Juan ante quien Hugo se queda estupefacto.

Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, ¡oh, Psiquis, oh, alma mía!  
—como decía  
aquel celeste Edgardo  
que entró en el paraíso entre un son de campanas  
y un perfume de nardo—,  
entre la catedral  
y las paganas ruinas  
repartes tus dos alas de cristal,  
tus dos alas divinas.  
Y de la flor  
que el ruiñeñor

---

El biógrafo de Darío, don Edelberto Torres Espinoza, sintetiza así su actitud religiosa: “Es un creyente *sui generis*, una amalgama de cristiano y pagano, con tangencias con lo terrestre y lo celeste” (Torres, 2009, p. 746).

canta en su griego antiguo, de la rosa,  
vuelas, ¡oh, Mariposa!,  
¡a posarte en un clavo de Nuestro Señor!

Darío ancla, finalmente, su esperanza en esa alada mariposa que se posa en la Cruz de Cristo. Viene de la flor y de la rosa; viene de la sombra y el duelo; viene de la esclavitud lujuriosa en donde nace el vino del Diablo. Mas en su último ímpetu se aferra a la Cruz de Cristo, como hizo el poeta mismo en su propia agonía<sup>15</sup>.

## 5. Dualidad de carne y espíritu

La escisión entre el cristiano y el pagano en Darío se refleja también vivamente en otro cuento de juventud: “Carta del país azul. Paisajes de un cerebro”<sup>15</sup>, publicado en Chile cuando el poeta tenía apenas 21 años<sup>16</sup>. Su trama es prácticamente inexistente, pues el texto apenas reúne tres viñetas poéticas. Tan solo destacaremos dos actitudes opuestas muy típicas de Darío. Narra que vagando al azar entra a una iglesia y escucha conmovido el sermón de un joven fraile de semblante ascético:

Había en sus palabras llanto y trueno; y sus manos al abrirse sobre la muchedumbre parecían derramar relámpagos. Entonces, al ver al predicador, la ancha y relumbrosa nave, el altar florecido de luz, los cirios goteando sus estalactitas de cera; y al respirar el olor santo del templo, y al ver tanta gente arrodillada, doblé mis hinojos y pensé en mis primeros años: la abuela, con su cofia blanca y su rostro arrugado y su camándula de gordos misterios; la catedral de mi ciudad, donde yo aprendí a creer; las naves resonantes, la custodia adamantina, y el ángel de la guarda, a quien yo sentía cerca de mí, con su calor divino, recitando las oraciones que me enseñaba mi madre. Y entonces oré. ¡Oré, como cuando niño juntaba las manos pequeñuelas!

---

<sup>15</sup> Hay en ello una captación profunda de la justificación del pecador, no por sus propios méritos, sino por la gracia del sacrificio redentor de Cristo. “San Pablo asevera que el evangelio es poder de Dios para la salvación de quien ha sucumbido al pecado; mensaje que proclama que ‘la justicia de Dios se revela por fe y para fe’ (Ro 1:16-17) y ello concede la ‘justificación’ (Ro 3:21-31)”;

“Solo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo que renueva nuestros corazones, capacitándonos y llamándonos a buenas obras” (Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación, nn. 10 y 15).

<sup>15</sup> Publicado en *La Época*, Santiago de Chile, el 3 de febrero de 1888.

<sup>16</sup> El relato muestra en el joven Darío un asombroso desconocimiento de los Evangelios, pues sugiere que el texto bíblico que sirve de base a la predicación descrita en el cuento, tomado de Lc 14, 26-27, y que aproximadamente, él refiere, constituye “un principio religioso sacado del santo Jerónimo”.

Uno pensaría que el poeta finalmente echaría el ancla de su fe. Que se afincaría allí. Mas acto seguido sale a respirar el aire dulce. Brilla la luna nueva en el firmamento. Y entonces declara:

El asceta había desaparecido de mí: quedaba el pagano [...] Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Sí, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros ditirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas.

¿Ficción literaria o espejo de sí mismo? José María Vargas Vila comparte una anécdota biográfica muy parecida de Darío. Visitan Roma en el año 1900. Dentro de la Basílica de Santa María la Mayor Rubén se postra de hinojos; cirio en mano se incorpora a una procesión y escucha luego conmovido la plática de un fraile franciscano. Más tarde, mientras el poeta contempla absorto las cúpulas de oro y azul de la Basílica de San Juan de Letrán, siente junto a sí “algo como el rozamiento de un ala; asombrado, alzó a mirar, y vio que se retiraba lentamente aquello que lo había tocado; era la caña del Pescador, que desde la sombra de su confesionario, un Sacerdote arrojaba al paso de los peregrinos, para llamarlos a la Penitencia” (Vargas, 2013, p. 16). La caña vuelve a tocar a Darío. El poeta junta las manos y cae de rodillas. De hinojos camina hacia el confesionario. “Cuando se alzó de allí, tenía tal aire de contrición, que daba pena mirarlo”. Sin embargo, “ya fuera de la Basílica, sobre el atrio bañado de Sol, la fascinación religiosa empezó a evaporarse lentamente”. Se enrumban juntos entonces a una hostería para aplacar su sed con vino de Frascati e I castelli romani. Y concluye así Vargas Vila: “Esa noche partió para Nápoles, sonriente y feliz, rota ya entre sus manos la caña del Pescador [...] iba tal vez a llenar de nuevo la escarcela de sus pecados, a poner nuevos besos sobre labios escarlatas, cerca al mar azul, coronado de cipreses” (2013, p. 16).

En su precioso artículo “Principios cristianos en los cuentos de Rubén Darío”, la religiosa Mary Ávila, C. S. J. de St. John’s University, de Nueva York, comenta, en relación con Carta del país azul:

Que sean o no tales escenas ficticias o autobiográficas es de poca importancia. Pero el hecho es que en ellas trata Darío de un tema cristiano en substancia: La lucha entre el espíritu y la carne, entablada en el alma. Y que el autor es consciente de su combate, se halla declarado en su expresión paradójica: ‘Oré, oré como un creyente en un templo, yo el escéptico’”. (1959, p. 30)

Referente a esa misma dualidad de carne y espíritu vislumbrada en las creaciones de Darío, señalan, de modo clarividente, Ycaza y Zepeda (1967):

No encontramos en lengua castellana otra poesía de más amplio registro, en ese sentido, y cuyo arco llegue a una mayor tirantez, doblándose lo mismo por el lado espiritual que por el material, sin romperse nunca; es decir, equilibrando artísticamente las dos tendencias de la humana naturaleza. Y no es que el poeta de Nicaragua se dé por partes iguales, repartiéndose; es que se entrega por entero, sucesivamente al orden de lo psíquico y al orden de lo carnal, que es un orden negativo, por lo que tiene de desordenado. (p. 98)

Vale la pena recordar que quien originalmente desarrolla el tema de la contradicción entre carne y espíritu es el apóstol Pablo (Gál 5, 17; Rm 8, 4). La “carne”, según Pablo, no equivale al instinto sexual o a lo meramente corporal, puesto que lo ‘carnal’ abarca para él todas las manifestaciones humanas, tanto psíquicas como corporales, en cuanto opuestas a Dios y su proyecto de vida; tan ‘carnales’ son para Pablo el orgullo y la codicia como la sexualidad, si se orienta exclusivamente al placer sin consideraciones éticas.

## **6. En perpetuo vaivén**

Volviendo ahora al cuento “Carta del país azul”, nos parece que Darío abandona en él, intencionalmente, el sustrato cristiano, oscilando abiertamente hacia el paganismo: “Sí, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos”. Su lucha entre carne y espíritu sucumbe allí a una carnalidad desenfrenada, apenas atemperada por un erotismo exquisito<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> “Carta del país azul” fue publicada por Darío el 3 de febrero de 1888, apenas cinco meses antes de *Azul...*, que salió a luz en Valparaíso, el 30 de julio del mismo año, cuando Darío tenía 21 años. La misma palabra mágica engarza ambos escritos; su espíritu es similar. Ya en su madurez, a sus 46 años, el poeta relativizará las tendencias paganizantes de su dorada juventud, ponderando en 1913: “Hay [en *Azul...*], sobre todo, juventud, un ansia de vida, un estremecimiento sensual, un relente pagano, a pesar de mi educación religiosa y profesar desde mi infancia la doctrina católica, apostólica, romana. Ciertas notas heterodoxas las explican ciertas lecturas” (Rubén Darío, 1987, p. 43).

Mas nuestro poeta es hombre en perpetuo vaivén y semeja la mariposa de su poema<sup>18</sup>. Su confesión de paganismo pronto se desvanece en otro de sus cuentos: La pesca, del año 1896, ocho años posterior a “Carta del país azul”.

“La pesca” es un relato de raíces bíblicas. Alude al pasaje evangélico de la pesca milagrosa referido en Lc 5, 4-7, en el que los discípulos, tras batallar la noche entera en vano, echan de nuevo las redes en nombre de Jesús y estas se llenan hasta reventar.

Lo asombroso de este cuento es que Darío refiere el milagro a sí mismo: “Mi pobre barca estaba hecha pedazos [...] y la red estaba rota, deshecha como la lira”, la red para pescar los peces del diario alimento; la lira para entonar los bellos cantos poéticos. Sus añorados dioses paganos no le responden más: “Los dioses son injustos y terribles [...] mi red conocida de los tritones y sirenas [...] ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! [...] ¿los dioses son sordos y malos?”.

Darío se encuentra sin comida y sin inspiración, con los brazos desfallecidos, con su lira rota y su red destrozada. A lo lejos descubre entonces una figura blanca, con aspecto de nieve y de lino, que lentamente se le acerca: Y era Él.

¡Oh! —exclamé— ¿no me queda más que la muerte?

—Poeta de poca fe —me dijo— echa las redes al mar.

Eché las redes en las aguas llenas de astros, y ¡oh prodigio!, nunca salieron más cargadas. Era una fiesta saltante de estrellas; la divina pedrería viva, se agitaba alrededor de mis brazos gozosos.

Jesús parte con su *indescriptible nimbo*, dejando las huellas de sus *divinos pies descalzos*. Esa misma noche cena el poeta con su mujer y su niño, que juega con dos anillos, huesos restantes del pez Saturno.

La esposa había expresado al principio del cuento angustia de si podrían, acaso, cenar esa noche. Ahora hay comida en el hogar e inspiración en el corazón. La maravillosa pesca de arte trae consigo también el pan cotidiano. Darío atribuye a Cristo las riquezas de su inspiración<sup>19</sup>. Abandonado por los viejos dioses paganos, Cristo le restituye de nuevo a su potencia creadora.

---

<sup>18</sup> Acota sutilmente José Olivio Jiménez: “Creía y descreía en todo, en un movimiento oscilante y espontáneo (es decir, de buena fe) que nunca le apartó de un modo total de la raíz católica de donde procedía y en la que vino a morir” (1976, p. 19).

<sup>19</sup> En “Voz de lejos” enfatiza que habla —y se refiere a cuando aborda temáticas sagradas y teme ser incomprendido— en nombre de Dios: “Yo digo la palabra que encarna mi pensamiento y mi sentimiento. La doy al mundo como Dios me la da. No busco que el público me entienda. Quiero hablar para las orejas de los elegidos” (Darío, 2000, p. 273). En su afamado estudio de los cuentos de Darío, Raimundo Lida ratifica nuestra interpretación de “La Pesca”: “Donde sí se nos aparece bien clara, aunque con refracciones de ironía, la relación del poeta con Dios mismo es en “La Pesca”, no ya de la época de *Azul...*, sino de la de *Prosas Profanas...* “En página tan madura y tan finamente bruñida, ciertos

¿Y el detalle sutil del niño apaciblemente jugando con los restos de Saturno? ¿No será acaso la inversión cristiana del mito grecorromano del dios que devora a sus hijos, terroríficamente ilustrado por Goya? “Los buenos hombres de los alrededores nunca vieron mayor alegría en la casa del pescador, después de la tempestad. ¡Oh, qué rica cena!”.

## 7. Nietzsche, el Salomón negro

La portentosa imaginación de Darío no se despliega únicamente en mirada retrospectiva, contraponiendo paganismo y cristianismo; se sirve de ella, también, para avizorar nuevas filosofías radicalmente opuestas al cristianismo. Nos referimos en particular al pensador alemán Federico Nietzsche (1844-1900), cuya influencia ascendente se proyectaría invicta hacia el siglo XXI y de cuya filosofía apenas se comenzaba a tener vagas noticias a fines del siglo XIX en Latinoamérica. Tan temprano como 1894, estando aún con vida el filósofo, comenzó Darío a tener noticias suyas a través de fuentes francesas, que procesó en su crónica “Los raros. Filósofos “finiseculares”. Nietzsche-Multatuli”<sup>20</sup>; dicha crónica fue, sin embargo, excluida de su famoso libro de 1896. Sin haber podido leer aún sus obras, destaca Darío la policromía de sus extraordinarias cualidades de “artista, pensador, pedagogo, músico, filólogo, filósofo; y le llama alma de elección, un solitario, un estilista, un raro, que al no tener la serenidad apolínea de Goethe [...] frágil como un cristal, crujió entre los ásperos dedos de la alienación”.

Cinco años más tarde publica el poeta en *El Sol* de Buenos Aires su enigmático relato “El Salomón negro”<sup>21</sup>, donde contrapone la visión judeocristiana de la vida a la de Federico Nietzsche<sup>22</sup>. Esta vez, sí tiene clara idea de su anticristianismo. En este inquietante cuento, Salomón dormita y se le aparece un espíritu idéntico a él, pero azabache: “Soy tu igual, sólo que soy todo lo opuesto a ti [...] Tú amas la verdad, yo reino en la mentira, única que existe”, le dice la aparición. Salomón le llama espíritu maléfico.

---

rasgos burlescos o paródicos se entretajan sin disonancia con el relato del prodigio”. (p. 37). Y el poeta mismo conscientemente ratifica poco antes de morir que su genio es un don que proviene de Dios: “Alejado de mi tierra, y bregando por un ideal literario que se impuso en todos los países de lengua española he podido ofrendar a Nicaragua el reflejo de lo que Dios ha hecho por mí” (Torres, 2009, p. 802).

<sup>20</sup> Recientemente, esa crónica del 2 de abril de 1894 ha sido, por primera vez, íntegramente publicada por Günther Schmigalle y Rodrigo Caresani (2017). Darío mismo dice allí: “A pesar de Henri Albert y los nietzschistas franceses, la obra de Nietzsche es conocida muy escasamente”.

<sup>21</sup> “El Salomón negro” fue publicado en *El Sol* de Buenos Aires, el 24 de julio de 1899.

<sup>22</sup> Conviene aclarar que no se trata de una mera suposición: Darío, al final del cuento, identifica al Salomón Negro: “—Cómo has dicho que te llamas? —Salomón —contestó sonriendo—. Pero también tengo otro nombre. —¿Cuál? —Federico Nietzsche”.

En este extraño cuento, presenciarnos un claro ejemplo de cómo piensan los poetas: no a través de ideas y conceptos abstractos, sino por medio de figuraciones simbólicas y narraciones alegóricas. Utilizando un estilo barroco, Darío entretiene en “Salomón negro” elementos mitológicos semitas, árabes y judíos, con otros persas. Alude a los *djinn*s<sup>23</sup>, traviesos geniecillos de las *Mil noches y una noche* que atacaban o ayudaban al ser humano y que, según la leyenda, aprendió a controlar Salomón. Alude también al pájaro Simorg (el Simurg persa), criatura voladora de carácter mítico y benevolente, asimismo al talismán de Salomón, su poderoso anillo mágico (elemento también tomado de *las Mil noches y una noche*).

El cuento realza la oscura e inaudita belleza del Salomón negro: ante él, el poder del anillo del Salomón bíblico queda inutilizado; si este comprende el sentido de las cosas por el lado iluminado por el sol, aquel lo hace por el lado oculto. Al Salomón bíblico le concedieron los ángeles el poder de su anillo; al negro, los demonios. El Salomón bíblico alega que está escrito: “Que todas las criaturas alaben al Señor”, y conjura así a las aves a que manifiesten su verdad. Se congregan entonces ante él las más diversas criaturas aladas, desde el pavo real, la tórtola, el halcón, el ave Syrdar (nombre evocador de la nobleza de la India), hasta el cuervo y el gallo... Larga es la lista de aves palmípedas, rapaces o domésticas que conjura el rey sabio. Todas le dicen algún pensamiento bíblico, a saber: “El que no tenga piedad para los demás, no encontrará ninguna para sí. Pecadores, convertíos a Dios. Todo pasa; Dios sólo es eterno. Por larga que sea nuestra vida, llega siempre su fin. Pensad en Dios, hombres ligeros”. A estas máximas opone sin embargo el Salomón negro su tenebroso credo:

Nada triunfa sino el ejercicio de la fuerza [...] ¡Ay de los piadosos! El odio es el salvador y potente. Aplastad a los pequeños; rematad a los heridos; no deis pan a los hambrientos; inutilizad por completo a los cojos. Así se llega a la perfección del mundo [...] Por lo demás, Dios se llama X; se llama Cero.

Concluye así su sombrío cuento Darío:

Quedó el sabio desolado, y preparóse para ascender, con el ángel de las alas infinitas, a contemplar la verdad del Señor. El pájaro Simorg llegó en rápido vuelo: —Salomón, Salomón: has sido tentado. Consuélate; regocíjate. ¡Tu esperanza está en David! Y el alma de Salomón se fundió en Dios.

---

<sup>23</sup> Darío utiliza la transcripción francesa.

El Simurg representa el pájaro mitológico inmortal que anida en las ramas del Árbol de la Ciencia en el paraíso terrenal. El cuento se resuelve en favor del bien. La exaltación del poder y la fuerza sucumbe ante el amor y la fe.

Darío, sin duda, alude a Nietzsche al final de “Historia de mis libros”, tras expresar que ninguna filosofía colmó sus ansias trascendentes de sentido, por lo que se lanzó a Dios como refugio, asiéndose de la plegaria como de un paracaídas:

Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra. (Torres, 2009, pp. 101-102)<sup>24</sup>

## 8. Inspiración bíblica

Otros cuentos de raigambre bíblica en la obra narrativa del poeta serían “El nacimiento de la col”, “Hebraico”, “El árbol del rey David”, “Palimpsesto (I)”, “La muerte de Salomé”, “Las pérdidas de Juan Bueno”, “Historia prodigiosa de la princesa Psiquia” y “La resurrección de la rosa”.

En “Hebraico”, “El nacimiento de la col” y “Las pérdidas de Juan Bueno” despliega Darío una simpática nota de humorismo. En el primer cuento<sup>25</sup>, una liebre dialoga con Moisés y Aarón; ella ha quedado excluida de la dieta judía por ser catalogada entre los animales impuros, pero se queja ante el legislador de que un atrevido israelita acaba de freír una congénere y pide para él un

---

<sup>24</sup> Otra alusión pasajera a Nietzsche la encontramos en el cuento “Caín”, donde Darío exalta una bella y cándida muchacha de ascendencia italiana, de la que dice: “Todavía no le había enseñado la Serpiente con sus ásperas lecciones, con los engaños, con las falsías, con las traiciones de la gata de Nietzsche, ni una sola artimaña, ni perversidad”. Ese cuento, publicado en *El Diario* de Buenos Aires, el 29 de junio de 1895, data cinco años antes de la muerte del filósofo alemán (1900). En su cuento “Por el Rhin” (1897) leemos estas líneas: “Pasa, furioso, el pecho desnudo, los gestos violentos, la mirada fulminante, mascando una hostia, estrangulando un cordero, un hombre extraño, que grita: Yo soy el magnánimo Zarathustra: seguid mis pasos. Es la hora del imperio: ¡yo soy la luz! Alrededor del vociferador caen piedras. —¡Muerte a Nietzsche el loco!”. En su crónica “La ‘España negra’” (1899) escribe Darío: “El Anticristo nació en este siglo en Alemania; conquistó muchas almas; se apasionó primero por el Graal santo y renegó luego de su mayor sacerdote; creó el tipo de soberbia humana, o superhumana, aplastando la caridad de Jesús; predicó el odio al doctor de la Dulzura; desató o quiso desatar los instintos, los sexos y las voluntades; consiguió un ejército de inteligencias, y se cumplió por él más de una profecía. Pero el Anticristo alemán está en el manicomio, y el Galileo ha vencido otra vez” (Darío, 1998, p. 159). En su famosa “Letanía de nuestro señor don Quijote” (1905) exclamará Darío: “de los superhombres de Nietzsche [...] líbranos, señor”. Y en su poema de 1913 titulado “Caminos”, contrapone al filósofo alemán con Jesús, en cuanto representante de la vía del poder opuesta a la vía del amor: “¿Qué vereda se indica / cuál es la vía santa / cuando Jesús predica / o cuando Nietzsche canta? [...] ¿La vía de poder, o la vía de amar?” (Darío, 1989, p. 565). Como vemos, el pensamiento anticristiano de Nietzsche inquietó profundamente a Darío a lo largo de su vida.

<sup>25</sup> “Hebraico” es un cuento coetáneo de *Azul...*; fue publicado en *La Libertad Electoral* de Santiago de Chile, el 3 de septiembre de 1888.

castigo ejemplar. “El acusado se defendió como pudo. Explicó su necesidad y disculpó su apetito, alegando ignorancia de la nueva ley. Había que juzgarle severamente. Quizá hubiera podido ser lapidado”. Pero los dos hermanos prueban antes el manjar y ante los ojos horrorizados de la liebre, acaban chupándose los dedos y revocando la prohibición. Sin embargo, el buen Dios se condele de la liebre, dándole un cirineo para sufrir su destino, por lo que se dará a veces gato por liebre. En “El nacimiento de la col”<sup>26</sup>, el poeta se remonta a los albores de la creación, antes de que Eva fuese tentada por la serpiente. El maligno espíritu contempla una rosa recién creada. Es de espléndida belleza. “Eres bella, le dice; bella y feliz”. Y, sin embargo, le pone un pero: “No eres útil. ¿No miras esos altos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco [...]”. Y la rosa, tentada, pide al buen Dios, al alba siguiente, el don de la utilidad. Sea, hija mía, contestó el Señor, sonriendo. ¡Y la convierte en repollo!<sup>27</sup>

El breve y simpático apólogo de Darío contiene un pensamiento filosófico: en la escala de valores la utilidad de las ciencias resulta imprescindible, pero ocupa un lugar inferior a la superflua belleza de las artes. Ni las ciencias positivas pueden sustituir la función de las artes, ni las artes la de las ciencias. Son irreductibles y complementarias, y cada cual aporta, por una parte, utilidad, por otra, belleza.

“Las pérdidas de Juan Bueno”<sup>28</sup> es otro apólogo humorístico: Juan Bueno padece incontables ultrajes con infinita paciencia; se apiada de él San José y le ofrece su celestial protección, cumpliéndole sus deseos. Sin embargo, acaba exasperándose cuando le solicita ayuda para encontrar a su mujer, que lo aporrea sin piedad. “San José alzó el bastón florido y dándole a Juan en medio de las dos orejas, le dijo con voz airada: ¡Anda a buscarla a los infiernos, zopenco! La moraleja es clara y traducida a lenguaje municipal y espeso sería –bueno sí, pero no pendejo”.

Según Mary Ávila, al entrelazar Darío el sentir cristiano con humorísticas leyendas de tan encantadora sencillez, muestra su familiaridad con las cosas sagradas y el lector recibe la impresión evidente de que el autor fue de verdad un creyente. “Un extraño a la fe jamás podría hablar en

---

<sup>26</sup> Publicado en “Mensajes de la tarde” de *La Tribuna* de Buenos Aires, el 4 de octubre de 1895.

<sup>27</sup> El humor de Darío también aflora en “Febea”, espléndido y brevísimo relato: Febea es la pantera de Nerón, acostumbrada a devorar carne humana. El neurótico y cruel emperador intenta seducir una virgen cristiana con sus eróticos y bien rimados cantos; ante su fracaso, incita a la pantera a devorarla, pero esta replica: “Nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como ésta derrama resplandores de estrella”, y le hace saber que sus versos, dactilos y pirriquios, “han resultado detestables”. Otra vez notamos aquí el aprecio del poeta por los heroicos cristianos de la antigüedad.

<sup>28</sup> Se publicó en *El Heraldo* de Costa Rica, el 13 de marzo de 1892.

semejante tono; como tampoco habrían podido sus contemporáneos no cristianos poner tales notas de humor en una literatura de este estilo” (Ávila, 1959, p. 31).

En “El árbol del rey David”<sup>29</sup> y “Palimpsesto (I)”<sup>30</sup>, Darío, reverentemente, fabula a partir del dato bíblico. Así, el rey David, anciano, acompañado de la bella joven Abisag, la sunamita, consuelo de su vejez, planta un árbol de cuyas ramas, siglos después, el carpintero José cortará una vara que florecerá en el templo a la hora de su desposorio con María, “la estrella, la perla de Dios, la madre de Jesús, el Cristo”<sup>31</sup>. El segundo cuento evoca la escena bíblica del Gólgota. El centurión Longinos atraviesa con su lanza el costado de Cristo, “sublime y solitario, martirizado lirio de divino amor; el agua santa de la santa herida lava de esta alma toda la tiniebla que impedía el triunfo de la luz”. La sangre luminosa brilla en la punta de su lanza y “el alma que ella hiera sufrirá el celeste contagio de la fe”. Por ella se volverá casto Parsifal y Saulo escuchará el trueno. Convertida en arma de gracia, Darío contrapone la lanza de Longinos a la cuerda de Judas, con que se ahorcó el traidor. Ambas historias muestran con qué primor Darío se apropia estas antiguas leyendas cristianas para transmitir mensajes de fe y esperanza<sup>32</sup>.

En “La muerte de Salomé”, el poeta entreteje una leyenda propia en torno a la joven que solicita la cabeza de Juan el Bautista al tetrarca Herodes; Darío se solaza describiendo su espléndida desnudez antes de ser decapitada por una serpiente de oro que ciñe su cuello, serpiente cuyos ojos eran “dos rubíes sangrientos y brillantes”. La joya cobra vida y cercena inesperadamente la cabeza de Salomé, que rueda hasta los pies del trípode donde está depositada, “triste y lívida”, la cabeza del precursor de Jesús.

---

<sup>29</sup> Publicado en *La Prensa Libre* de San José de Costa Rica, el 15 de octubre de 1891. Contiene una asombrosa descripción de la primavera, típicamente dariana: “La tierra y el cielo se juntaban en una dulce y luminosa unión. Arriba el sol, esplendoroso y triunfal; abajo el despertamiento del mundo, la melodiosa fronda, el perfume, los himnos del bosque, las algaradas jocundas de los pájaros, la diana universal, la gloriosa armonía de la naturaleza”.

<sup>30</sup> Publicado el 16 de septiembre de 1893 en “Mensajes de la tarde”, de *La Tribuna* de Buenos Aires.

<sup>31</sup> Darío también exalta poéticamente la figura de María en su viñeta “La Virgen de la paloma”, incluida en los cuentos de *Azul...*, en la que una madre muestra a su bebé una paloma y resultan ser la Virgen y el niño Jesús: “María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisiaco”.

<sup>32</sup> La leyenda de la vara florida de San José se remonta a los Evangelios apócrifos: a la hora de elegir esposo para María, doce varones viudos que representan las doce tribus de Israel son convocados a Jerusalén. Cada uno porta una vara y el sacerdote las deposita en el Templo. Al día siguiente, tras pasar la noche entera en oración, las devuelve a sus portadores; de la vara de José surge entonces, repentinamente, una flor que perfuma el ambiente y una blanquísima paloma. El portento confirma su elección para ser desposado con María. Se cumple así la profecía de Isaías: “Y saldrá una rama de la raíz de Jesé y una flor saldrá de su raíz” (Is 11, 1). La leyenda de Longinos se remonta, en cambio, al Evangelio apócrifo de Nicodemo, datado alrededor del siglo IV; por primera vez se nombra allí al centurión, que permanece anónimo en el Evangelio de Juan. Versiones posteriores añadieron que tenía problemas de visión y que recuperó la vista al contacto con la sangre del Salvador. Darío recoge ese detalle dándole un sentido espiritual, como retorno de la incredulidad a la fe.

## 9. El secreto de Lázaro

“Historia prodigiosa de la princesa Psiquia”<sup>33</sup> representa un alarde de fantasía creadora; es narrada por el monje Liborio, amigo del santo Galación, y de Epistena, mártir —¡otra vez la fascinación de Darío por la santidad y el martirio!—. Psiquia —¡el alma!— es de una gran belleza. Darío la describe con fruición y entusiasmo de poeta. Era feliz. Descifraba el lenguaje de los pájaros y del chorro de la fuente o la plática de los rosales movidos por el viento. Pero un día amanece desolada. A su reino “no había llegado todavía [...] la luz que los Apóstoles derramaron en todo el mundo en nombre de Nuestro Señor Jesús”. Su padre hace venir a los más gallardos mancebos de los reinos vecinos y lejanos y ninguno le interesa. Después llegan los sabios. Tampoco le interesan. Finalmente, aparecen los tres Reyes Magos. Le hablan del Dios nuevo que les había infundido una mayor sabiduría. Se habían bautizado en el nombre de “Nuestro Señor Jesucristo; Tomás el santo que tocó las llagas de Cristo resucitado” les había predicado las verdades del Evangelio. La princesa les explica que el agua que puede calmar su sed no es el amor: “sé cómo son sus raras dulzuras, sus portentosas maravillas y los secretos todos de su poder”; no es la gloria; no es la fuerza; no es la ciencia. “El secreto cuya posesión será mi única dicha, tan solamente un hombre puede enseñármelo”, Lázaro que recorre la Galia, el que retornó de la muerte, “a cuyo paso todas las cosas parecía que temblaban misteriosamente”. Lázaro acude al llamado de la princesa y musita dos palabras a su oído. Psiquia entonces se queda dulcemente dormida.

Jorge Eduardo Arellano nos explica:

Con la muerte de la princesa —a quien traslada su preocupación metafísica—, Darío asume la imposibilidad de poseer el más tremendo de los secretos: el conocimiento del más allá de la muerte, únicamente otorgado a Lázaro; tema que había proyectado narrar en una novela titulada precisamente *El secreto de Lázaro*. (Arellano, 2020, p. 227)<sup>34</sup>

En “Historia de la princesa Psiquia” (1894), Darío contrapone otra vez, dramáticamente, paganismo y cristianismo, análogamente al cuento “El sátiro y el centauro” (1896). Ambos relatos

---

<sup>33</sup> Publicada en *La Nación* de Buenos Aires, el 26 de diciembre de 1894.

<sup>34</sup> Arellano comenta, además, otro cuento de raíces bíblicas titulado “¡Miseria!”, que no figura en la edición de cuentos completos de Darío recopilada por Ernesto Mejía Sánchez y Julio Valle Castillo. Se refiere al drama de Poncio Pilato y su mujer Prócula, tras la condena de Jesús: “Cuando el humano y divino mártir hubo desaparecido, espantado, sintió (Pilato) tronar sobre su cabeza, semejante al grito de una desconocida tempestad esta pavorosa palabra: ¡Miseria!” (2020, p. 231).

escenifican el ocaso de los viejos dioses, incapaces ya de “apagar la sed del alma de Psiquia”<sup>35</sup>. Evidentemente, Psiquia representa en Darío el alma humana, descrita en su poema “Divina Psiquis” de *Cantos de vida y esperanza*:

¡Divina Psiquis, dulce Mariposa invisible  
desde los abismos has venido a ser todo  
lo que en mi ser nervioso y en mi cuerpo sensible  
forma la chispa sacra de la estatua de lodo!

Vamos ahora a centrar nuestra atención en una serie de cuentos en los que Rubén Darío incursiona plenamente en el mundo de la fe cristiana, mostrándose ajeno a cualquier rasgo o nostalgia paganos.

“La resurrección de la rosa”<sup>36</sup>, encantadora miniatura literaria en la que el poeta despliega su delicada sensibilidad humana y religiosa, es una alegoría del amor paterno: “Un hombre tenía una rosa que le había brotado del corazón”. La rosa constituía su encanto y su alegría. Pero un día Azrael, el ángel de la muerte, fija en ella sus pupilas.

La flor, desfalleciente, ya casi sin aliento y sin vida, llenó de angustia al que en ella miraba su dicha. El hombre se volvió al buen Dios y le dijo: —Señor, ¿para qué me quieres quitar la flor que me diste? Y brilló en sus ojos una lágrima.

Entonces Dios, el bondadoso Padre, se conmueve por la lágrima paternal y ordena a Azrael preservar la vida de la niña, dándole a cambio una estrella de su jardín azul.

Darío presenta en esta miniatura un caso feliz de oración de petición. La plegaria desesperada del padre angustiado es escuchada por Dios. Sin embargo, él no es un creyente ingenuo; sabe que las peticiones humanas no siempre son escuchadas por Dios, ni siquiera las más justas y fervientes.

Los más hermosos proyectos humanos sufren también dolorosas rupturas. Así lo muestra en “El año nuevo siempre es azul”<sup>37</sup>, otro cuento en el que describe el despertar primaveral del

---

<sup>35</sup> Fragmento IV del cuento.

<sup>36</sup> Minirrelato publicado en *El Heraldo* de Costa Rica, el 19 de abril de 1892, que antecede a “El nacimiento de la col” (1895), otra miniatura narrativa de Rubén. Erróneamente, se ha calificado a “El nacimiento de la col” como el primer ejemplo de microrrelato en la narrativa hispanoamericana. Federico Hernández Aguilar, datándolo en 1893, lo califica como “el primer texto de minificción publicado por un centroamericano” (Arellano, 2020, p. 279). Erwin K. Mapes, que recopiló el cuento de la col, data su publicación para el 4 de octubre de 1895; Mejía Sánchez y Valle Castillo toman de ahí la fecha en su edición de *Cuentos completos*. En ambos casos le antecedería “La pluma azul”.

<sup>37</sup> Publicado en *El Heraldo* de Valparaíso, el 17 de marzo de 1888.

amor entre dos adolescentes. La joven enamorada súbitamente enferma de tisis y muere. Ante ese rudo golpe del destino exclama Darío, casi anticipando el célebre verso de “Los heraldos negros” de César Vallejo: “Pero Dios dispone unas tristezas tan hondas, que hacen meditar en su infinito amor de abuelo para con los hombres, a veces incomprensible”<sup>38</sup>. El joven enamorado se torna entonces un escéptico con corazón de hielo. El año nuevo ha sido gris para él. ¿Y para ella? “Sí, pero para ella siempre fue azul. Voló a ser rosa celeste, alma sagrada, donde debe de existir el ensueño como realidad, la poesía como lenguaje y como luz el amor”.

Su fe en la inmortalidad y su esperanza más allá de la muerte las expresa Darío con poéticas palabras, llenas de aliento profundamente cristiano.

En otro relato conmovedor, “El Dios bueno (Cuento que parece blasfemo, pero no lo es)”<sup>39</sup>, plantea el interrogante del mal y del sufrimiento, empleando un estilo tierno y realista. Con gran delicadeza de sentimientos describe allí Darío un hospicio de niños regentado por las hermanas de la caridad de San Vicente de Paúl, donde la buena hermana Adela ofrenda todo su amor a los pequeños bajo su custodia:

Al muchacho que tenía descubiertos los piecitos, se los cobijaba con la sábana blanca.  
Al que se había acostado con una mano sobre el corazón, se la quitaba de allí, y le ponía tendido sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la hermana con gran cuidado.

Entre los niños del hospicio sobresale la bondadosa y piadosa Lea, que obsequia violetas a la cieguita de la esquina y contempla arrobada “la hostia santa, blanca y redonda, cuando el viejo y santo cura” alza la custodia. Entonces ella se dice a sí misma:

Cuando él alza la custodia tres veces sobre su frente, me está mirando el buen Dios, que me ama, y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañana, la muñeca en el día, el chocolate por la noche: así dice la hermana Adela, ¡oh buen Dios!

Es hermoso cómo Darío describe la catequesis del cura a los niños del hospicio:  
¡Y cuando la plática del señor cura! Era después de la comunión. Allí él, sencillo, ofreciendo sonrisas, procuraba llegar con su palabra a la comprensión de aquellos

---

<sup>38</sup> El verso de Vallejo es: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! / Golpes como del odio de Dios...” (1988, p. 13).

<sup>39</sup> Apareció en *El Correo de la Tarde* de Guatemala, el 16 de abril de 1891. Según Soto Hall, lo escribió el 14 de agosto de 1890, bajo la impresión del golpe de Estado del 22 de julio de 1890 en El Salvador.

pequeñines: Tenéis todos una madre, hijos míos, aunque os falta la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo y también en el altar donde digo la misa. Es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeado de cabecitas de niños rosados como vosotros, y que tienen alas. Ella es amorosa, es maternal y os bendice. ¡Vuestro padre es el padre celestial, es el buen Dios!

Fuera del hospicio, se desata entonces el torbellino de la guerra, una guerra sangrienta y espantosa. Las hermanas piden a los devastadores que se les respete con sus niños y colocan una gran bandera blanca con una cruz roja. Se oye el retumbar de los cañones. La hermana Adela reza con sus huérfanos, implorando la protección del cielo. Caen las granadas en el recinto del hospicio. Dos camitas saltan despedazadas con dos niños muertos durante el sueño. Despiertan y lloran los demás huérfanos. “La hermana Adela gemía [...] eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfumaban aquellas cunas-nidos”. Caen más granadas, impactando el edificio, que comienza a arder. La hermana Adela corre a la camita de Lea y la encuentra rezando al buen Dios, “orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquella sangre, por aquellos gemidos [...] Oh, el ‘buen Dios’ no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase [...]”. Muy cerca cae otra bomba y la hermana Adela cae ensangrentada. La niña, con voz espantosa, exclama entonces mirando hacia arriba: “¡oh, buen Dios, no seas malo!”<sup>40</sup>.

Darío, aparentemente temió que su cuento fuese interpretado como blasfemo y de ahí el subtítulo. Mary Ávila (1959) lo comenta admirablemente:

Darío pudo haber temido que se le criticara al permitir que la fervorosa plegaria de un huérfano no fuera respondida. Si tal fue su temor, debemos recordar lo que un eminente autor católico ha dicho concerniente a los escritores que siempre se esfuerzan por dar a sus obras un final feliz: Su actitud manifiesta una traición a la enseñanza cristiana, porque el misterio del sufrimiento es hoy, como lo fue en el Calvario, una parte integrante del Cristianismo. Hacer de la plegaria un remedio mágico para todas las enfermedades del hombre es una negación del mensaje de Cristo. La actitud, pues, de Darío, lejos de ser blasfema, parece cumplir con lo que es considerado como lo mejor de la novela católica (p. 31).

---

<sup>40</sup> En “*Morbo et umbra*” (1888) la escena de alguna manera se repite: Darío narra en ese cuento las vicisitudes de una epidemia que diezma los niños de una ciudad chilena. Una humilde abuela, anonadada por la pérdida de su adorado nietecito, viendo partir su ataúd hacia el cementerio, “casi formidable en su profunda tristeza estiró al cielo opaco sus dos brazos secos y arrugados, y apretando los puños, con un gesto terrible —¿Habría con alguna de vosotras, oh, Muerte, oh, Providencia? —exclamó con voz que tenía de gemido y de imprecación: ¡Bandida! ¡Bandida!” (p. 145).

Si en “La resurrección de la rosa” y en “Dios es bueno” Rubén Darío reflexiona poética y narrativamente acerca de la oración de petición y sus interrogantes desde la fe cristiana, en “La extraña muerte de Fray Pedro”<sup>41</sup> se plantea el antiguo problema filosófico de la relación entre fe y razón, religión y ciencia. Una vez más, prescinde de abstracciones y conceptos filosóficos para narrar una historia.

## 10. Fray Pedro o la tentación del cientificismo

Fray Pedro de la Pasión es un religioso aficionado a las ciencias; en su convento cuenta con un laboratorio donde se entrega a experimentos científicos. Su espíritu inquieto le lleva a explorar también la quiromancia, la astrología y la magia blanca; además, estudia ciencias ocultas. Un día lee en un periódico que el alemán Roentgen ha descubierto los rayos X “y no pudo desde ese instante estar tranquilo, pues algo que era un ansia de su querer de creyente, aunque no viese lo sacrílego que en ello se contenía, punzaba sus anhelos [...]”. Y ahí está el punto subrayado por Darío: su afán científico en sí no es malo; el mal aflora cuando Fray Pedro se empeña en apuntalar su fe en demostraciones científicas, convirtiendo a Dios en objeto de experimentación. No comprende que en el instante en que Dios quedara demostrado científicamente, dejaría de ser Dios, porque entonces el hombre se habría enseñoreado sobre Él. Y ese es el límite que anhela traspasar Fray Pedro:

¡Si en Lourdes hubiese habido un Kodak, durante el tiempo de las visiones de Bernardette! ¡Si en los momentos en que Jesús, o su Santa Madre, favorecen con su presencia corporal a señalados fieles, se aplicase convenientemente la cámara oscura!...  
¡Oh, cómo se convencerían los impíos, cómo triunfaría la religión!

Fray Pedro se figura que con ello haría un gran servicio a la religión, pues convencería científicamente a los impíos; no se da cuenta de que más bien ha entregado sus armas al adversario.

¡Cuánto de su vida no daría él, por ver los peregrinos instrumentos de los sabios nuevos en su pobre laboratorio de fraile aficionado, y poder sacar las anheladas pruebas<sup>42</sup>, hacer

---

<sup>41</sup> Publicado en *Mundial Magazine*, en mayo de 1913. La primera versión de este cuento se tituló “Verónica” y apareció el 16 de marzo de 1896, en *La Nación* de Buenos Aires. Darío le hizo algunos retoques finales en la segunda versión, que a nuestro juicio es la más madura y definitiva.

<sup>42</sup> Darío mismo subraya en su texto estas dos palabras poniéndolas en cursiva.

los mágicos ensayos que abrirían una nueva era en la sabiduría y en la convicción humanas!... Él ofrecería más de lo que se ofreció a Santo Tomás.

Lo ofrecido a Santo Tomás fue nada menos que las llagas de Cristo Resucitado, para meter en ellas sus dedos incrédulos, y Tomás apóstol, avergonzado de sí mismo, finalmente creyó. Sin embargo, Fray Pedro presume de una ciencia mayor que la fe. Ahí está su perdición. Él quiere “aplicar la ciencia a las cosas divinas”, transgrediendo la frontera entre ciencia y religión. Darío por eso lo presenta desgarrado:

Él, desde luego, creía, creía con la fe de un indiscutible creyente. Mas el ansia de saber le azuzaba el espíritu, le lanzaba a la averiguación de secretos de la naturaleza y de la vida, a tal punto, que no se daba cuenta de cómo esa sed de saber, ese deseo indomitable de penetrar en lo vedado y en lo arcano del universo, era obra del pecado, y añagaza del Bajísimo, para impedirle de esa manera su consagración absoluta a la adoración del Eterno Padre.

El ansia y la sed de saber de Fray Pedro transgreden un límite al rozar “lo vedado y arcano del universo”. El narrador de la historia inicia contando que visita el convento de una ciudad española. Al pasar por el cementerio, ve una lápida en que se lee: *Hic iacet frater Petrus*. El religioso que le acompaña comenta: “Este fue uno de los vencidos por el diablo”. Mas el narrador —irónicamente— responde: “Por el viejo diablo que ya chochea”. Mas el fraile replica: “Por el demonio moderno que se escuda con la Ciencia”. La ironía sutil de Darío se hace patente cuando se sirve del mítico símbolo del mal para denostar otro demonio moderno y real, que no es la ciencia, sino el cientificismo. Darío combate el afán positivista de declarar irreal todo cuanto no se enmarca en el conocimiento de las ciencias positivas, negando cualquier otro tipo de acceso a la realidad, ya sea por vía de la intuición artística, el pensamiento filosófico o la espiritualidad<sup>43</sup>.

En su cuento, Darío acentúa los rasgos diabólicos de la tentación de Fray Pedro: admira a Schwartz, introductor de la pólvora en Europa en el siglo XIV, “que nos hizo el diabólico favor de mezclar el salitre con el azufre”; en la rica biblioteca del convento consulta autores que “no fueron siempre los menos equívocos”; en fin, la ciencia, el ansia de saber, “le desvía de la contemplación

---

<sup>43</sup> Así lo confirma en el proemio a “El canto errante”, cuando al reflexionar sobre su propia estética afirma: “El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras”.

y del espíritu de la Escritura”. En él “se había anidado el mal de la curiosidad, que perdió a nuestros primeros padres; la sed de saber, que es el arma de la Serpiente”. En tales referencias, Darío no censura el loable afán de conocimiento científico, sino la malsana curiosidad transgresora de límites sagrados: el cientificismo decimonónico, que pretendía medirlo y explicarlo todo, entronizando a la razón humana como medida de todas las cosas, descartando la Revelación como fuente primigenia del conocimiento de Dios<sup>44</sup>.

De Fray Pedro dice el poeta: “Así cavilaba, así se estrujaba el cerebro el pobre fraile, tentado por uno de los más encarnizados príncipes de las tinieblas”. Fray Pedro poco a poco se enfría en su vida religiosa: “La oración misma era olvidada con frecuencia, cuando algún experimento le mantenía cauteloso y febril”. Un día de tantos, otro religioso deposita un envoltorio en su celda: es una de las máquinas con que los sabios maravillan al mundo, un aparato de rayos X. El fraile desaparece y Fray Pedro no se percata que debajo de su hábito “se habían mostrado dos patas de chivo”. Nuevamente otra alusión a Satanás.

La clave del cuento se encuentra en un párrafo que generalmente los comentaristas pasan por alto:

Los doctores [y Darío se refiere a los santos Padres de la Iglesia] explican y comentan altamente cómo, ante los ojos del Espíritu Santo, las almas de amor son de mayor manera glorificadas que las almas de entendimiento. Ernest Hello ha pintado, en los sublimes vitraux de sus Fisonomías de Santos, a esos beneméritos de la caridad, a esos favorecidos de la humildad, a esos seres columbinos, simples y blancos como los lirios, limpios de corazón, pobres de espíritu, bienaventurados hermanos de los pajaritos del Señor, mirados con ojos cariñosos y sororales por las puras estrellas del firmamento.

Fray Pedro es un religioso que, en vez de transitar por la vía regia del amor y la humildad, se siente subyugado por una malsana curiosidad. Finalmente concibe un sacrílego proyecto: someter a rayos X el Santísimo Sacramento. Quiere demostrar científicamente la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

El cuento tiene un final sorprendente. Fray Pedro es encontrado muerto en su celda. El padre provincial conversa con el arzobispo:

---

<sup>44</sup> Idea que, en cambio, es avalada por Darío en su cuento “Cátedra y tribuna”, en el que entabla un coloquio simbólico entre la religión cristiana, simbolizada en la cátedra, y la política, simbolizada en la tribuna. Donde pone en boca de la primera estas palabras: “Soy la lengua del Espíritu Santo, soy el fuego parlante, soy el verbo combustivo, soy el único intermedio entre la inmensidad divina y la espiritualidad humana”.

—¿Ha visto su reverencia esto? —dijo su señoría ilustrísima, mostrándole una revelada placa fotográfica que recogió del suelo, y en la cual se hallaba, con los brazos desclavados y una dulce mirada en los divinos ojos, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Fray Pedro ha transgredido un límite y muere. El arzobispo ignora lo que tiene entre sus manos. Darío pareciera decirnos: en su poca fe Fray Pedro quiso pruebas; quiso demostrar lo divino y sucumbió<sup>45</sup>. Mas Cristo está presente ahí, tan solo discernible a los ojos de la fe [...] Aunque su imagen radiográfica sea real, ya nada demuestra al que no cree. Se ha preservado el misterio<sup>46</sup>.

En “Opiniones”, Darío consignó un profundo pensamiento acerca de los sabihondos del cientificismo:

---

<sup>45</sup> En “Cátedra y tribuna”, texto incluido en *Cuentos completos*, pone Darío en boca de la Iglesia una frase que avala nuestra interpretación: “Mi soberanía teológica empieza en el fuego blanco de la custodia invisible que jamás podrá contemplar ojo de hombre sin caer quien la mire como cae el cuerpo muerto”.

<sup>46</sup> Si comparamos ambas versiones del cuento, la de 1896, titulada “Verónica”, con “La extraña muerte de Fray Pedro”, de 1913, observamos ciertas diferencias importantes: primero, la supresión del título inicial. El título “Verónica” (del latín *vera icon*, verdadera imagen) aludía a la piadosa mujer que, según la leyenda, enjuga el rostro de Cristo con un lienzo en la Vía Sacra, quedando así grabado su rostro. Darío comprendió que la actitud de Fray Pedro difiere radicalmente y cambió por eso el título del cuento, pues un acto de reverencia a Cristo de ninguna manera iba a equiparse a un acto sacrílego, que intenta suplantar la fe por la ciencia. Otro importante añadido de la segunda versión es la frase: “Él [Fray Pedro] ofrecería más de lo que se ofreció a Santo Tomás [¡más que palpar las llagas de Cristo resucitado!] [...] las anheladas pruebas”, frase que aparece en ambas versiones. Otro cambio que denota algo sustancial es que al final del cuento “la terrible mirada” (de la primera versión) se ha transformado en “la dulce mirada en los divinos ojos, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo”, cambio de perspectiva fundamental. Con ello, Darío sustituye la idea de castigo divino por la de una muerte provocada por el mismo sobresalto de la transgresión. Según la investigadora española Ana María Hernández López, ese cambio refleja la actitud de Darío ante la vida, que ya en 1913 no era la misma de 1896: “Tal vez en la *dulce mirada* Darío viera a un Padre bondadoso, lleno de mansedumbre y dispuesto a otorgar el perdón que de cierta manera imploraba, como en los versos de *La Cartuja*” (1989, p. 239). Otro cambio cuyo sentido no logramos discernir es el del nombre del protagonista, que pasa de ser Fray Tomás de la Pasión a Fray Pedro de la Pasión; en ambos casos se trata de discípulos de Jesús, el uno que se resiste a creer hasta no meter su mano en el costado y las llagas del Resucitado, y el otro que niega al maestro a la hora de la Pasión, para luego llorar amargamente su cobardía. Sin embargo, ambos apóstoles acaban *creyendo*; en cambio Fray Pedro se procura un sucedáneo de la fe y por consiguiente acaba *no creyendo*. Quizá se trate de un puro capricho literario. Otra diferencia significativa es que en “Verónica” se describe a Fray Pedro como “un espíritu perturbado por el demonio de la ciencia”, mientras que en la segunda versión Darío lo caracteriza como uno de los vencidos “por el demonio moderno que se escuda en la Ciencia”. Este cambio denota un importante matiz: el demonio ya no es la ciencia misma, sino el espíritu moderno de incredulidad, que a veces se escuda tras ella. En la segunda versión, Darío escribe la palabra ciencia con mayúscula: “Ciencia”. Aquí vemos un apoyo a nuestra interpretación: su adversario no es la Ciencia en sí, de hecho, muy respetable, sino su versión reduccionista, el cientificismo; es ese tipo de pseudociencia la que el narrador considera *el arma de la Serpiente que ha de ser la esencial potencia del Anticristo*. En la segunda versión Darío añade la frase: “Para el verdadero varón de fe, *initium sapientiae est timor Domina*”, dejando claro de que jamás la ciencia positiva podrá llegar a sustituir la fe. Un último cambio de carácter estrictamente literario es que en la segunda versión el cuento pasa a ser un relato enmarcado, en que un fraile narra al autor lo sucedido con Fray Pedro, mientras que en la versión inicial el propio autor narra sus peripecias.

Los profesores, los sabios oficiales, los doctores de la ciencia humana que creen haber asido la verdad con cuatro pinzas y cuatro estadísticas; los que ven hasta donde alcanza lo que saben, los explicadores novísimos del alma, los que han escamoteado a Dios [...] Ante esos congéneres de Fray Pedro, afirma solemnemente el poeta: La eternidad y el misterio estarán en las cosas humanas cuando no exista ni el polvo de recuerdo de la sabiduría de hoy, y como estaban en los tiempos en que se levantó la Esfinge egipciaca y en que había pensadores y sacerdotes en la Atlántida y Palenke.

En “Cuento de Pascuas”, reitera Darío su pensamiento acerca de “las posibilidades de la ciencia, que no son sino las concesiones a un enigma cada día más hondo, a pesar de todo”. En ello radica para Darío la distinción fundamental entre ciencia y cientificismo: mientras el último pretende, ingenuamente, adueñarse del misterio de las cosas por la vía del conocimiento positivo, la primera, consciente de que sus descubrimientos únicamente agrandan y ahondan su enigma, está transida de humildad gnoseológica y se caracteriza por una actitud de apertura de cara al misterio trascendente que nos envuelve. Fe y cientificismo, por tanto, se excluyen mutuamente; fe y ciencia coexisten sin menoscabo mutuo, atentas a su propia vía de acceso a la realidad: la experimentación científica y la Revelación. Fray Pedro representa la primera alternativa, que Darío rechaza.

### **11. La belleza bajo todas sus formas**

La fascinación de Darío por el fenómeno de la santidad se refleja, de nuevo, en uno de sus celebrados cuentos fantásticos, su “Cuento de Noche Buena”, de raigambre estrictamente cristiana. A diferencia de otros cuentos fantásticos suyos, en los que predomina un imaginario teosófico o esotérico, a veces siniestro, como en “El caso de la señorita Amelia y Cuento de Pascuas”, o un ambiente de pesadilla como en “La larva” o “Thanatofobia”; o de sacrificios humanos a oscuras deidades aztecas como en “Huitzilopxtli”; o de terror grotesco como en “La pesadilla de Honorio”; o de exaltado patriotismo hispánico y reencarnación, como en su sugestivo relato “D. Q.”, en su “Cuento de Noche Buena” todo es luz, alegría, esperanza.

La atención brindada hoy a sus cuentos fantásticos de inspiración esotérica, con frecuencia opaca la percepción de la centralidad que tiene el imaginario cristiano en sus cuentos<sup>47</sup>. Es por eso oportuno secundar la fina apreciación de Mary Ávila:

---

<sup>47</sup> Respecto a la influencia en su obra del espiritismo, la teosofía y el ocultismo, cuya influencia en Darío está en boga hoy, se debe subrayar que Ángel Rama, quien dedicó mucha atención al sincretismo religioso de Darío, advierte del

Primero, Rubén Darío fue un esteta, y en su búsqueda del culto de la belleza, no reconoció límites de cultura ni credo. Este discernimiento estético lo capacitó para percibir lo bello en los sitios más recónditos. Esta oscuridad en nada aminoró sino que más bien enaltecó su atractivo para él. [...] En segundo lugar, él fue un poeta, aun en su prosa; y un poeta no puede limitar su lirismo a lo que es sólo forma, materia o idealismo cristiano. Instintivamente fue enemigo de toda limitación que pudiera sofocar o hacer estéril esta libertad de expresión. Por tanto, esta amplitud poética, más bien que un voluntario rechazo de principios cristianos, fue quien lo condujo a incluir profusamente en su obra elementos no cristianos. (1959, pp. 37-38)

El mismo Darío, en el proemio a “El canto errante” había declarado ya que “el verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas, declarándose luchador en pro de la amplitud de la cultura y de la libertad”.

Hemos examinado hasta ahora la relación entre paganismo y cristianismo en sus cuentos de cara al mundo grecorromano, preponderante en su obra; quisiéramos, de paso, rescatar ahora una sutil observación suya en “Huitzilopxtli”, esta vez, de cara a las religiones precolombinas. Allí pone en boca del Padre Reguera estas palabras:

Y te advierto una cosa: con la cruz hemos hecho aquí muy poco, y por dentro y por fuera el alma y las formas de los primitivos ídolos nos vencen [...] Aquí no hubo suficientes cadenas cristianas para esclavizar a las divinidades de antes; y cada vez que han podido, y ahora sobre todo, esos diablos se muestran.

Por encima de la ironía subyacente a esa opinión expresada por Darío en boca de un cura de pueblo, su objetivo, sin duda, es claro: recalcar la pervivencia de las deidades precolombinas bajo formas aparentemente cristianas, hecho corroborado por los antropólogos.

---

peligro de sobredimensionar su importancia: “Algunas referencias para componer sus poemas con un conjunto de ideas sobre la unidad de la materia, las transmutaciones, los misterios, algunas anécdotas con que salpicar sus artículos periodísticos; algunos temas seudomisteriosos —y en verdad más bien folklóricos— para sus cuentos; ¿qué temas obtuvo Darío del espiritismo, de la teosofía, del ocultismo? No mucho más, porque en ninguna de esas vías, tímidamente recorridas, pudo saciar su insatisfacción ni encontrar claras respuestas a sus dudas y angustias” (Rama, 1973, p. 30).

## 12. Exaltación de la fe y el amor

El personaje de su “Cuento de Noche Buena”<sup>48</sup> es el hermano Longinos de Santa María, encarnación de los valores sublimes de la santidad<sup>49</sup>, a quien Darío exalta como

la perla del convento [...] un algo incomparable e inencontrable: lo mismo ayudaba al docto fray Benito en sus copias, distinguiéndose en ornar de mayúsculas los manuscritos, como en la cocina hacía exhalar suaves olores a la fritanga permitida después del tiempo de ayuno; así servía de sacristán, como cultivaba las legumbres del huerto; y en maitines o vísperas, su hermosa voz de sochantre resonaba armoniosamente bajo la techumbre de la capilla.

El hermano Longinos posee, además, un incomparable don musical y es el organista del convento. Darío subraya sus virtudes extraordinarias:

Todo lo que en el hermano Loginos resaltaba, estaba iluminado por la más amable sencillez y por la más inocente alegría. Cuando estaba en alguna labor, tenía siempre un himno en los labios, como sus hermanos los pajaritos de Dios.

Su cara se iluminaba frecuentemente por la más bondadosa de las sonrisas y resplandecía de jovialidad.

Un día de Navidad el hermano Longinos visita en su burrita una aldea cercana<sup>50</sup> y de pronto se percata de que se ha retrasado para el oficio divino. Angustiado, emprende el camino de regreso. Sin embargo, su cabalgadura, como la del profeta Balaam, se resiste a continuar y con voz clara de humano le anuncia que ha sido señalado para un premio portentoso. Una hermosa estrella le guía y frente a él aparecen los tres Reyes Magos en espléndidas cabalgaduras, acercándose al pesebre de Belén, donde está “la reina María, el santo señor José y el Dios recién nacido”. Baltasar, Gaspar

---

<sup>48</sup> Publicado en “Mensajes de la tarde” de *La Tribuna* de Buenos Aires, el 26 de diciembre de 1893.

<sup>49</sup> El filósofo y psicólogo norteamericano William James dedica dos capítulos enteros de su famosa obra *The varieties of religious experience* a reflexionar sobre la santidad y sus valores. Allí leemos: “Los santos [...] con sus extravagancias de humana ternura, pueden ser proféticos. No solo han demostrado ser proféticos en innumerables ocasiones. Tratando a quienes encuentran como personas dignas, no obstante su pasado, no obstante las apariencias, ellos les han estimulado a *ser* dignos, transformándolos milagrosamente con su radiante ejemplo y el desafío de su expectativa [...] Los santos son autores, *auctores*, incrementadores del bien. Las potencialidades de desarrollo del alma humana son inconmesurables” (James, 1994, p. 390, la traducción es nuestra).

<sup>50</sup> Aquí también, como en “La pesca” o en “El sátiro y el centauro”, subraya Darío el contraste cristiano-pagano: “Longinos visita una aldea de labradores, no muy distante de una vasta floresta, en donde, antes de la fundación del monasterio, había cenáculos de hechiceros, reuniones de hadas y de silfos, y otras tantas cosas que favorecían el poder del Bajísimo, de quien Dios nos guarde”. A ello opondrá Darío en el cuento la superior magia del amor y la fe.

y Melchor ofrendan por turnos al niño Jesús sus más preciosos regalos: perlas, piedras preciosas, ungüentos, marfiles, incienso y diamantes.

Entonces, desde el fondo de su corazón, Longinos, el buen hermano Longinos, dijo al niño que sonreía: —Señor, yo soy un pobre siervo tuyo que en su convento te sirve como puede. ¿Qué te voy a ofrecer yo, triste de mí? ¿Qué riquezas tengo, qué perfumes, qué perlas, qué diamantes? Toma, Señor, mis lágrimas y mis oraciones, que es todo lo que puedo ofrendarte. Y de aquí que los reyes de Oriente vieron brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones, cuyo color superaba a todos los ungüentos y resinas; y caer de sus ojos copiosísimas lágrimas que se convertían en los más radiosos diamantes por obra de la superior magia del amor y de la fe.

Bajo la temática fabulosa de cuento fantástico, Darío transmite aquí un profundo mensaje teológico: los valores supremos son el amor y la fe; todas las riquezas del mundo a su lado palidecen. Las lágrimas de Longinos, expresión profunda de su humildad, valen más a los ojos de Dios que oro y perlas preciosas. Su espíritu entregado a la mística oración, cualidad que Darío subraya (tenía siempre un himno en los labios; cuando intenta regresar al monasterio, “Longinos, anda que te anda, pater y ave tras pater y ave”; al marchar tras los Reyes Magos, “lleno de mística complacencia, desgranaba las cuentas de su largo rosario”; ante el niño Jesús expresa “—Mis lágrimas y mis oraciones, es todo lo que puedo ofrendarte”) muestra el valor que le adscribía el poeta a la oración como vía de acceso a los dones excelsos del amor y la fe.

Si Darío, en “La extraña muerte de Fray Pedro” exploraba la relación entre fe y razón, indicando que el conocimiento divino no se alcanza por la vana vía de la curiosidad intelectual, sino a través del *intellectus amoris*, y en cuentos como “El año nuevo siempre es azul”, o “El Dios bueno”, se interrogaba acerca del enigma del sufrimiento, en “Cuento de Noche Buena” muestra el vínculo entre fe y amor.

El cuento concluye con un portento: los monjes se reúnen para el oficio divino y se percatan, atribulados, de la ausencia del hermano Longinos, preguntándose si acaso le habrá sucedido alguna desgracia. Nadie puede sustituirle en el órgano. El prior ordena que se proceda entonces sin música a la ceremonia:

Y todos empiezan el canto dirigiéndose a Dios llenos de una vaga tristeza [...] De repente, en los momentos del himno, en que el órgano debía resonar [...] resonó, resonó como nunca; sus bajos eran sagrados truenos; sus trompetas excelsas voces; sus tubos todos

estaban como animados por una vida incomprensible y celestial. Los monjes cantaron, cantaron, llenos del fuego del milagro; y aquella Noche Buena, los campesinos oyeron que el viento llevaba desconocidas armonías del órgano conventual, de aquel órgano que parecía tocado por manos angélicas como las delicadas y puras de la gloriosa Cecilia<sup>51</sup>.

Poco tiempo después, Longinos muere y su cuerpo es conservado incorrupto en el monasterio, extraordinaria señal que atestigua su santidad.

La trama fabulosa del “Cuento de Noche Buena” reviste un fin pedagógico, porque en el fondo exalta una vida monástica consagrada a la oración, el servicio humilde y la disponibilidad total. De ahí que lo medular del cuento no sea ni el desdoblamiento del tiempo, por el que pasado y presente milagrosamente se unen, ni el portento del órgano; el verdadero milagro realizado por Rubén Darío es la persona de Longinos, en quien tan convincentemente confluyen fe, humildad y amor.

### **13. Darío, maestro de bondad**

Quisiéramos comentar brevemente dos cuentos más: “El perro del ciego” y “La novela de uno de tantos”. El primero se dirige a los niños y el segundo a los jóvenes. Ambos poseen una clara intención didáctica de inspiración cristiana.

“El perro del ciego”<sup>52</sup> relata la triste historia de un humilde ciego, cuyo único sostén era su perro fidelísimo, con cuya ayuda recorría las calles de la ciudad, recibiendo su alimento de la gente. Pero en el pueblo hay un niño “áspero y malo”, que se ensaña con sus compañeros y se burla siempre de los cojos, los tuerfos, los jorobados. Un día toma un alacrán, lo pone entre dos rebanadas de pan y se lo ofrece al ciego, picándole en la boca y llevándolo al borde de la muerte. Más tarde le da de comer al perro vidrio molido con carne, y lo mata. El ciego “—Ese melancólico desterrado del día, nostálgico del país de la luz—” gime por su lazarillo muerto y a partir de entonces tropieza desamparado por las calles de la ciudad, “con su dolor inmenso, crudo, hondo”. Como expresión de santa cólera divina, el niño malo contrae viruelas y muere dolorosamente.

A los demás niños pondera el poeta:

El niño que siente las penas de sus semejantes es un niño excelente que el Señor bendice  
[...] Niños, sed buenos [...] No le procuréis nunca mal [al perro del ciego] y cuando pase

---

<sup>51</sup> Al mencionar a Cecilia, nuevamente Darío exalta una mártir cristiana de la antigüedad.

<sup>52</sup> Apareció en *La Libertad Electoral* de Santiago de Chile, el 21 de agosto de 1888.

por la puerta de vuestra casa, dadle algo de comer. Y así ¡oh, niños! seréis bendecidos por Dios, que sonreirá por vosotros, moviendo, como un amable emperador abuelo, su buena barba blanca.

Este cuento infantil incita a cultivar la virtud fundamental de la misericordia, altamente valorada por el judeocristianismo y que resulta central en el budismo. Darío muestra aquí sus entrañas de poeta misericordioso; con las excelencias de su arte literario conmueve al lector, transmitiéndole una inolvidable lección de bondad hacia las personas y los animales.

En “La novela de uno de tantos”<sup>53</sup> confiesa Darío:

He tenido entre mis triunfales días de oro, algunas horas negras, y por eso veo en toda amargura algo que pone en mi alma el ansia de aliviar; y en toda pobreza, algo que me anima a dar un pedazo de mi pan a la boca del necesitado; y en toda desesperanza una fortaleza íntima que me obliga a derrochar mi tesoro de consuelos.

El cuento narra la historia de un compañero de colegio de sus años de adolescencia en León, que gozaba de una privilegiada posición socioeconómica. En pocos años, este dilapida vilmente todas sus oportunidades y acaba en un país extranjero, enfermo y misérrimo. A sus veintiocho años presenta ya las trazas de un viejo mendigo y hecho una ruina se presenta adonde Darío, que al principio ni siquiera le reconoce. Este, recordando el ejemplo de san Martín de Tours, el santo de la capa, le socorre. Y acaba el cuento exhortando a los jóvenes a ser diligentes y disciplinados.

Para cerrar nuestro artículo, quisiéramos decir unas últimas palabras sobre otro cuento de inspiración cristiana titulado “Un sermón”<sup>54</sup>, escrito poco antes de su primer viaje a España como secretario de la delegación nicaragüense al IV Centenario del descubrimiento de América. Darío se embarcó el 24 de junio y publicó este cuento en San José de Costa Rica, el 8 de mayo de 1892. En Madrid conocerá a don Emilio Castelar, político y orador español, con quien entabla amistad. En su *Vida de Rubén Darío*, comenta Valentín de Pedro (1961):

Darío reconoce en él a un maestro del idioma, que ha dado amplitud y flexibilidad al castellano. Y sobre todo, le encanta su musicalidad, cualidad de poeta que conmueve su alma musical. De ahí que escribiese: *La primera vez que llegué a casa del gran hombre*

---

<sup>53</sup> Publicado en el *Diario de Centro-América*, el 8 de noviembre de 1890.

<sup>54</sup> Aparecido en *El Heraldo* de Costa Rica, el 8 de mayo de 1892.

*iba con la emoción que Heine sintió al llegar a la casa de Goethe... creía entrar en la morada de un semidiós.* (p. 120)

“Un sermón”, publicado en 1892, se desarrolla, sin embargo, en la Basílica de San Pedro en Roma el 1º de enero del año 1900. Un famosísimo predicador de lengua española, fraile agustino, se apresta a predicar. El templo está repleto: “Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió a los apóstoles el celeste fuego, se cernía en el augusto y sacro recinto”. Darío condensa luego el sermón del fraile, en que pasa revista a toda la Sagrada Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y luego se explaya a los mártires y anacoretas de la antigüedad cristiana. Finalmente se revela su identidad: es nada menos que don Emilio Castelar, convertido ahora en Fray Pablo de la Anunciación.

Aparte de ser un simpático guiño al célebre y pomposo tribuno español, el cuento es ante todo un despliegue retórico del poeta:

La palabra de fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petrificaba, deleitaba, acariciaba, anonadaba, y en espiral incomparable, se remontaba, kalofónica y extrahumana, hasta la cúpula en donde los clarines de plata saludan al Vicario de Cristo en las excelsas victorias pontificales.

Cualquier genuino predicador sonreiría ante la peregrina ocurrencia de nuestro gran poeta, ya que para un sermón de verdad apenas basta un versículo bíblico, o un breve pasaje de los Evangelios, o, cuando más, una que otra certera alusión a textos afines de la Sagrada Escritura. La pompa de Castelar se desborda esta vez en la pluma de Darío, opacando la sustancia bíblica; el cuento es más un alarde retórico y una ostentosa avalancha de símbolos poéticos inspirados en la Biblia que un admirable sermón. Si bien se manifiesta allí la familiaridad de Darío con la Biblia, “Un sermón” contiene más verbosidad que enjundia<sup>55</sup>. Rescatemos apenas esta única frase: “Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza bíblica”.

---

<sup>55</sup> Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento: “Mateo surgió a nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablónos del Maestro; el “predilecto” nos poseyó; y después que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fue Juan el que nos condujo a su Patmos aterrador y visionario”, etc.

## Conclusiones

No pretendemos presentar aquí a Rubén Darío como autor religioso, pero sí mostrar el peso eminente de la temática cristiana y religiosa en sus cuentos, no obstante ser omitida por la mayoría de los estudiosos. Un mero análisis cuantitativo arroja un resultado sorprendente: de los 86 cuentos rescatados hasta ahora de Darío, 26 de ellos tienen una connotación religiosa<sup>56</sup>. Ello significa que el 30 % de sus cuentos aborda esta temática. Sin embargo, de las 148 referencias bibliográficas ofrecidas por Jorge Eduardo Arellano sobre los cuentos de Darío en su reciente estudio *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica*, tan solo una autora, Mary Ávila, a quien hemos citado, aborda expresamente esta temática, tan notoria y a la vez tan postergada en el examen de los cuentos del poeta. Su estudio se publicó en el ya lejano año 1959. Otros autores apenas rozan el tema con alusiones o breves referencias. Podemos, por tanto, aseverar con fundamento que en los cuentos de Rubén Darío se ha estudiado de todo: desde las metáforas de horror hasta la exploración de lo irracional, pasando por la recreación del pasado, el uso de la ironía, la teosofía y el ocultismo, olvidando de forma singular el más esencial aspecto de todos: su experiencia de Dios y su fe en Cristo. Ojalá que estas páginas contribuyan a colmar ese vacío.

## Referencias

- Ávila, M. (1959). Principios cristianos en los cuentos de Rubén Darío. *Revista Iberoamericana*, 24(47), 29-39.
- Arellano, J. (2020). *El cuentista Rubén Darío: actualización crítica*. Banco Central de Nicaragua.
- Darío, R. (1976). *Cuentos fantásticos*. Alianza Editorial.
- Darío, R. (1987). *Historia de mis libros* (1ª. Ed.). Editorial Nueva Nicaragua.
- Darío, R. (1989). *Poesía*. Editorial Nueva Nicaragua.
- Darío, R. (1990). *Opiniones*. Editorial Nueva Nicaragua.
- Darío, R. (1998). *España Contemporánea*. Academia Nicaragüense de la Lengua.
- Darío, R. (2000). *Cuentos completos*. Instituto Nicaragüense de Cultura.
- Darío, R. (2007). *Azul....* Ediciones Distribuidora Cultural.

---

<sup>56</sup> Uno a uno los hemos ido glosando en este estudio: 1. Voz de lejos, 2. Leyenda de San Martín, patrono de Buenos Aires, 3. Sor Filomena, 4. El sátiro y el centauro, 5. La fiesta de Roma, 6. Las tres Reinas Magas, 7. Carta del país azul, 8. La pesca, 9. El Salomón negro, 10. Hebraico, 11. El nacimiento de la col, 12. Las pérdidas de Juan Bueno, 13. El árbol del rey David, 14. La muerte de Salomé, 15. Historia prodigiosa de la princesa Psiquia, 16. La resurrección de la rosa, 17. El Dios bueno, 18. La extraña muerte de Fray Pedro, 19. Cuento de Noche Buena, 20. El perro del ciego, 22. La novela de uno de tantos, 23. Un sermón, 24. Febea, 25. ¡Miseria! 26. *Morbo et umbra*.

- Darío, R. (2013). *El oro de Mallorca*. Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.
- De Pedro, V. (1961). *Vida de Rubén Darío*. Ediciones Fabril.
- Hernández, A. (1989). *El Mundial magazine de Rubén Darío*. Beramar.
- James, W. (1994). *The varieties of religious experience*. The Modern Library.
- Olivio, J. (1976). *Rubén Darío, Cuentos fantásticos*. Alianza Editorial.
- Rama, A. (1973). *Introducción a Rubén Darío. El mundo de los sueños*. Universidad de Puerto Rico.
- Schmigalle, G. y Caresani, R. (2017). Bibliografía de Rubén Darío en *La Nación* de Buenos Aires (1889-1916). En *Catálogo comentado y crónicas desconocidas* (pp. 96-101). Dinámica Editorial.
- Torres, E. (2009). *La dramática vida de Rubén Darío*. Libros Nicaragua.
- Vallejo, C. (1988). *Poesía completa*. Cicla-Concytec, Ediciones Consejo de Integración Cultural Latinoamericana.
- Vargas, J. (2013). *Rubén Darío*. Editorial Amerrisque.
- Ycaza, J. y Zepeda, E. (1967). Estudio de la poética de Rubén Darío. <http://repositorio.uca.edu.ni/2326/1/Estudio%20de%20la%20po%C3%A9tica%20de%20Rub%C3%A9n%20Dar%C3%ADo.pdf>